

Alison Croggon

Cuarto libro de Pellinor

# EL Cantar

Traducción de María Pardo Vuelta

 ediciones  
**ÁMBAR**



## I. Lobo

Un pastor se encontraba recogiendo madera, para el fuego junto a la antigua carretera de Pellinor, cuando una visión extraña captó su atención. Un jinete vestido de oscuro, que montaba un magnífico ejemplar de caballo negro, trotaba con paso enérgico por el sendero en desuso —una nítida y pequeña silueta recortada contra la pálida luz del sol de invierno.

El solo hecho de ver a un extraño era algo digno de atención. Desde el saqueo de la Escuela de Pellinor diez años atrás y los malos tiempos que le habían seguido, pocos viajeros recorrían aquel camino. Los días en los que era frecuente que Bardos y mercaderes cabalgasen en dirección a Pellinor, iluminando la carretera con sus finas ropas y sus cantos, se habían desvanecido por completo, hasta tal punto que ahora aquella parecía una época legendaria. Pero no fue la visión de un extraño, pese a lo inquietante de la capa que lo cubría, lo que hizo que el anciano apretase el haz de leña contra su pecho y diese un precavido paso atrás para ocultarse tras unas zarzas, mientras realizaba temeroso la señal contra el mal de ojo. Tenía la vista fija en la bestia que acompañaba al jinete: un enorme



can blanco. Si es que lo era, claro está. No se parecía a ningún perro que el pastor hubiese visto jamás. Era más alto que un ternero y parecía todavía más grande a causa del denso pelaje invernal, que se le erizaba alrededor del cuello como un collarín. Mantenía el ritmo del caballo sin realizar ningún esfuerzo, corriendo a un paso fácil que revelaba los fuertes músculos de sus hombros y ancas. Si no acompañase al jinete, el anciano hubiera pensado que se trataba de un lobo; pero nunca había oído hablar de un lobezno que corriese junto a un caballo.

A medida que el extraño trío se acercaba, al pastor se le heló el corazón y se agachó tras las zarzas, con las manos temblorosas. Su vista ya no era lo que había sido, pero reconocía a un lobo cuando lo veía. Comenzó a arrepentirse de haber ido a parar tan cerca de la carretera, incluso en un día tan claro, y todos los rumores que había oído acerca de acontecimientos misteriosos, de criaturas malignas y hechiceros oscuros le vinieron a la cabeza de repente. Si le pasaba algo, su esposa nunca lo sabría; y se quedaría muy sola, ya que su hijo había abandonado la aldea en busca de una vida mejor. El pastor se acurrucó más cerca del suelo, deseando pasar desapercibido, y contuvo el aliento a medida que el ruido de cascos se aproximaba más y más. Alarmado, percibió que iban aminorando la marcha hasta convertirla en un paso normal; y después se detuvieron.

—¿Dónde está, Maerad? —una voz masculina resonó con claridad en el aire frío, aunque hablaba en voz baja.

Pese a lo asustado que estaba, el anciano se sintió confundido: ¿con quién hablaba el desconocido? No había visto a nadie que lo acompañase. ¿Estaría conversando, igual que se decía que hacían los brujos negros, con los espíritus del aire? El pastor volvió a contener la respiración, agarrando el haz de leña con tanta fuerza contra el pecho que los nudillos se le quedaron blancos.

—Por allá, ¿te parece?

El pastor oyó cómo el hombre desmontaba y comenzaba a caminar hacia él. A causa de su inquietud, el anciano dejó caer la leña y se produjo un estrépito que le pareció que resonaba como un trueno. Se dio la vuelta para salir corriendo, pero tropezó con una mata de hierba y se cayó. Cuando se levantó, apoyándose en las manos y las rodillas, se encontró cara a cara con el lobo, y emitió un gemido de terror. Por instinto escondió el rostro entre las manos, para no ver su propia muerte.

Pero no sintió cómo los dientes del lobo se le hundían en el cuello, tal y como había esperado. En lugar de aquello, el desconocido comenzó a hablarle. Al principio el pastor estaba demasiado aterrorizado para comprender lo que le decía.

—Te suplico que nos perdones —decía el desconocido—. Juro por la Luz que no deseábamos hacerte ningún mal.

Lentamente, el pastor fue apartándose las manos de la cara. No había ni rastro del lobo, y en lugar de aquello el desconocido se encontraba de pie ante él, ofreciéndole la mano. Ayudó al anciano a ponerse en pie y le limpió el chaleco con delicadeza. Después cogió el haz de leña en silencio y lo colocó con cuidado entre los brazos del pastor. El anciano recobró el aliento. El forastero parecía amable; pero en él había algo más, un aire gentil que le recordaba tiempos mejores. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había visto por allí a uno de los suyos.

Le dio las gracias al extranjero con gran seriedad, con la misma formalidad con la que en otros tiempos se las habría dado a un Bardo que le hubiese practicado una curación o hubiera pronunciado los ritos de la primavera sobre un cultivo. El hombre le dirigió una rápida mirada.

—Han pasado muchos años desde la última vez que vi a un Bardo por aquí —dijo el anciano. Ahora que su miedo ya había desaparecido, tenía ganas de hablar.

—No hay muchas razones para venir —replicó el desconocido. Su mirada se encontró con la del anciano y los dos la desviaron en el mismo instante, como si ambos leyesen en sus rostros una tristeza que no deseaban nombrar.

—¿Significa esto que la Escuela de Pellinor volverá? ¿Habrá Bardos de nuevo?

—No lo sé —afirmó el Bardo dubitativo.

—Ojalá sea así —respondió por fin el pastor, cambiando la leña de brazo, pues le resultaba cada vez más pesada—. La vida es dura desde que se fueron. Los inviernos son malos, los corderos nacen con dificultad y todo lo demás va mal.

—Sí —replicó el Bardo—. Y muchas más cosas, no solo aquí. Estos son tiempos difíciles para muchos.

El pastor asintió e inspiró descontento. Pero el desconocido se inclinó hacia delante y le tocó la frente durante un breve instante, por un momento fue como si un suave sol iluminase la frente del anciano y extendiese su calor dorado por todo su cuerpo.

—Que la Luz vaya contigo —dijo el Bardo.

—Y contigo —respondió el pastor, tal y como correspondía. Observó cómo el desconocido volvía a su caballo, que esperaba pacientemente a su jinete en la carretera. El lobo blanco estaba sentado sobre los cuartos traseros junto al caballo, y su aspecto no parecía más peligroso que el de un enorme cachorro. El forastero montó, levantó la mano a modo de despedida y se marchó. Solo entonces se dio cuenta el anciano de que no le había preguntado su nombre.

No se quedó para ver cómo el jinete se desvanecía en la

distancia. Su esposa estaría esperándole. El calor del toque del Bardo todavía le corría por las venas, y se puso a tararear una vieja canción mientras caminaba de vuelta a casa. Tenía el paso ligero: por primera vez desde que tenía memoria, en su corazón se había despertado la esperanza.

—Casi matas de miedo a ese pobre hombre, Maerad —dijo el Bardo mirando a la loba.

*No era mi intención, Cadvan, le respondió esta en el Habla. Se quedó callada durante un rato y después añadió: Olía a miedo. Pero si estuviese pensado en atacarnos, también estaría asustado...*

—Supongo que sí. Es bueno ser precavidos, pero creo que hemos tenido suerte de que no le haya dado un ataque al corazón —declaró Cadvan, encogiéndose de hombros—. Al final no ha pasado nada. Espero. Aun así, me preocupa que nos haya visto a través de los conjuros destellantes y que se haya escondido de nosotros. Tan solo tendría que haber visto la carretera vacía. Sabía que yo era Bardo.

*Lo escuché. ¿Tenía el Don?*

—Un poco —respondió Cadvan—. No como el de un Bardo, pero suficiente como para tener un poco de visión Bárdica. Supongo que debe de tener buena mano con los animales. Seguramente tenga el rebaño más sano de la comarca. O alguna vez lo haya tenido, cuando esta era una región poblada y agradable. Cabalgar por aquí en estos tiempos me oprime el corazón, Maerad.

Suspiró y miró hacia delante, en dirección a las colinas que se alzaban ante ellos. No había pasado mucho tiempo desde el Día del Solsticio de Invierno y, pese a la luz del sol, había pocas señales de la primavera. La maleza reclamaba la tierra, y las

zarzas sin hojas y otras malas hierbas se extendían por encima de lo que una vez habían sido campos vallados con piedras.

El trío avanzaba rápido; el sol alcanzó el punto más alto de su breve día y comenzó a descender en el horizonte. De vez en cuando veían una granja abandonada y en una ocasión pasaron por un pueblo desierto, en el que las puertas colgaban de las bisagras y había sartenes abandonadas hacía muchos años que se oxidaban en el barro junto a caminos tomados por las malas hierbas.

A Maerad los lugares agrestes ya no le parecían desolados, tal y como había sido en otro tiempo: un paisaje que no había sido domesticado por manos humanas tenía su propio significado. Pero allí la tierra no estaba ni domada ni indomada. Tan solo parecía abandonada, triste e inquietante. Su nariz curiosa atrapó el olor a viejas brujerías: allí se había practicado el mal que había echado a aquellas gentes de sus hogares. Tal vez todavía se hallaba escondido entre las granjas derruidas y los campos tomados por la maleza, observándolos a su paso, esperando a que las sombras cayesen y sus poderes se volviesen más fuertes. El pelo del lomo se le erizó ante aquella idea y emitió un gruñido involuntario.

*No me gusta esto*, aseguró Maerad, hablando directamente a la mente de Cadvan.

*A mí tampoco*, respondió Cadvan mentalmente. Le parecía haber dicho sus primeras palabras demasiado alto. *Tiene un aire moribundo*.

Darsor, la montura de Cadvan, parecía estar de acuerdo; aunque no decía nada, aceleró el paso hasta un trote constante. Continuaron en silencio, y Maerad permaneció alerta e inquieta. Hacia la hora del crepúsculo el cielo se nubló y una densa niebla comenzó a subir desde el suelo, lo que debilitó su

sentido del olfato. Aquello la molestaba más que la oscuridad, pues dependía más de la nariz que de los ojos.

No se detuvieron hasta que la negrura fue tal que no podían continuar. Cadvan encontró una zona de densa maleza donde podrían ocultar un fuego con facilidad, ayudados por un poco de magia, y desensilló a Darsor. Después le cepilló el áspero pelaje. Maerad lo observó mientras se movía, con los ojos brillantes. Había comido el día anterior y no tenía hambre, pero se le hizo la boca agua mientras Cadvan se preparaba una vianda y daba cuenta de ella. Él la miró.

—Si quieres algo solo tienes que pedirlo —comentó. Maerad se sintió ligeramente ofendida y volvió la cabeza. No iba a pedirlo, era él quien tenía que ofrecer. Cadvan se echó a reír—. Te juro, Maerad, que cada día te comportas más como un verdadero lobo. No siempre soy capaz de recordar la etiqueta de los lobeznos. ¿Quieres un poco?

Maerad lo miró por encima del hombro, ignorándolo, y él se encogió de hombros y terminó de comer. Cuando acabó de limpiar la olla volvió a mirar a la loba. Estaba tumbada sobre la barriga, justo en el límite del círculo que formaba la luz del fuego, con su enorme hocico apoyado sobre las patas, y observaba cada movimiento que él hacía. Movía las orejas hacia delante y hacia atrás, pero no mostraba ninguna otra señal de inquietud.

—Me preocupa que puedas olvidarte de que eres humana si eres demasiado loba —afirmó Cadvan—. No sé nada de esos poderes que tienes. ¿Alguna vez sientes miedo de olvidarte de cómo volver a ser Maerad?

Ella levantó las orejas, pero no respondió. Volvió la mirada hacia su interior mientras valoraba sus palabras. Llevaba una semana viajando bajo la forma de una loba. La capacidad



de transformarse era una parte de su Don, un poder Elemental que iba más allá de las capacidades habituales de los Bardos, y sabía que Cadvan no se sentía completamente cómodo con ello. Su yo humano se encontraba presente en su interior, pero era cierto que cuanto más tiempo pasaba en forma de loba, más distante le resultaba, como si fuese un sueño que hubiese tenido una vez. Pero no se atrevía a volver a transformarse en la jovencita que era, no mientras estuviese tan cerca de las montañas.

*No creo que vaya a olvidarlo, aseguró por fin. Aun así, todavía no puedo cambiar. El Rey del Invierno me encontraría enseguida.*

Cadvan asintió, y parecía que iba a decir algo más, pero se contuvo. En lugar de eso, le preguntó si le importaría hacer el primer turno de vigilancia. Habían avanzado mucho desde que habían abandonado las ruinas de Pellinor el Día del Solsticio de Invierno, en dirección al sur para refugiarse en la Escuela de Innail, y le dolía todo de cansancio. Se envolvió en su capa y en una gruesa manta para protegerse del intenso frío de la noche, y se quedó dormido enseguida.

Maerad estaba cansada, pero no le resultaba excesivamente desagradable, y no sentía el frío en absoluto. Parecía estar adormilada, pero no era así: sus agudos sentidos registraban el más mínimo crujido de una ramita, el más pequeño cambio en las corrientes de aire. Pensó en Arkan, el Rey del Invierno, el ser Elemental que la había capturado en su fortaleza montañosa y de quien había escapado hacía tan poco. La razón por la que no se atrevía a volver a su forma humana no era que le tuviese miedo. —Aunque sí se lo tenía—, sino que no confiaba en sí misma. Recordarlo abría un vacío en su interior, una mezcla de temor y deseo. Si Arkan pronunciaba su nombre,

pensó con desprecio, incluso ahora se volvería y correría hacia él. No lo entendía —él estaba tan lejos de su comprensión como lo estaban las montañas— y ni siquiera le gustaba; pero en su interior ardía algo que no podía controlar ni ignorar. Tal vez el deseo que sentía hacia él lo provocase su sangre Elidhu alzándose en su interior, como en respuesta a un igual; tal vez su miedo procediese de su ser humano. En aquel punto, se removió impaciente. Siempre resultaba confuso pensar en sus diferentes yos.

Era más sencillo ser loba.

La noche se volvió más oscura. Maerad olió que la lluvia se acercaba, tal vez llegaría al día siguiente. Las nubes pesaban sobre su cabeza, y ni la luna ni las estrellas brillaban en la oscuridad absoluta. El fuego húmedo emitía muy poca luz, y tan solo iluminaba las volutas de niebla que se formaban entre los troncos de los árboles. Pero la vista era tan solo uno de sus sentidos. Oyó cómo un búho ululaba en la distancia y el suave batir de sus alas mientras se abatía sobre una pequeña criatura nocturna que emitió un breve chillido y después se quedó en silencio. Un viento ligero susurraba entre las ramas desnudas, haciendo vibrar las hojas muertas invernales que todavía colgaban de ellas, y escuchó la respiración suave de Cadvan y Darsor mientras se movían en sueños; había pocos sonidos más. No parecía pasar nada, pero cada vez se sentía más y más incómoda. Se puso en pie y comenzó a merodear sin hacer ruido por el bosquecillo, con el hocico levantado, olfateando el aire.

No había nada que oler, nada que oír, nada que ver, aun así se le erizó el vello de la espalda. Otro sentido le hacía cosquillas en señal de alerta. Se echó a caminar sin descanso hacia delante y hacia atrás, con lo que despertó a Darsor, que bajó la

nariz hasta encontrarse con la suya y expulsó el aire por los agujeros.

*¿Va algo mal?* preguntó.

*Sí. No.* Ahora ya tenía todos los pelos de punta. *Sí, pero no sé lo que es.*

Darsor levantó la cabeza y olfateó el aire, y un escalofrío le recorrió toda la piel. *Algo se acerca*, espetó. *Alguien muy bien cubierto con una capa. Tienes que despertar a mi amigo.*

Maerad empujó a Cadvan con la nariz y este se puso en alerta de súbito, con el cabello revuelto por el sueño, buscando su espada. *¿Qué es?*

*No lo sé*, replicó Maerad. *Darsor dice que aquí hay alguien. Alguien cubierto con una capa.*

El Bardo ya estaba en pie. *Darsor lo sabe*, dijo.

Su quietud e intensidad le indicaron a Maerad que Cadvan estaba escuchando con su oído Bárdico. Sintió una repentina frustración: la agudeza de sus instintos lobunos iba aparejada con la atenuación de otros sentidos. Mientras él podía sentir la actividad mágica, o la presencia de la Oscuridad, sus capacidades estaban debilitadas.

*¿Crees que es un Gluma?* Un destello rojo se encendió en los ojos de Maerad ante aquella idea: los Glumas eran Bardos que se habían aliado con la Oscuridad, otorgándole su poder al Sin Nombre a cambio de una vida eterna. La llenaban de una mezcla de desprecio y miedo.

*Es lo más probable. Espero que lo sea, porque si no lo es, seguramente sea algo peor. Ahora mismo desearía que fueses Bardo.*

Maerad se detuvo y después preguntó: *¿Debería cambiar?*

Cadvan la miró pensativo durante un instante y después negó con la cabeza. *No*, dijo. *Creo que no necesitamos arriesgarnos a buscar más problemas y a atraer también al Rey del Invierno.*

*En cualquier caso, ya eres lo bastante peligrosa tal y como eres.* El esbozo de una sonrisa asomó fugazmente en su rostro, y después se volvió hacia el fuego y se lo tragó la sombra.

Durante un rato no pasó nada. El tiempo fue pasando con una lentitud agónica: la amenaza que se aproximaba no aumentaba ni disminuía. Tal vez, pensó Maerad, lo que se acercaba supiese que eran conscientes de su presencia. Sus sentidos cazadores estaban completamente alerta, y no movía ni un músculo. Oyó cómo a su lado Darsor desplazaba el peso del cuerpo y expulsaba el aire con fuerza. Se preguntó durante un fugaz instante cuántas veces se habían encontrado Cadvan y ella en tal suspense, esperando a ser atacados: había ocurrido más a menudo de lo que le gustaría recordar.

Entonces algo infinitesimal pareció moverse, aunque sus agudos sentidos no pudieron rastrear de qué se trataba. Le echó un rápido vistazo a Cadvan y vio cómo la mano de él se tensaba sobre la espada. En aquel instante una ráfaga de luz atravesó el claro en el que habían acampado, golpeó un árbol que había detrás de Maerad y estalló en llamas al instante. Darsor ni se movió, pero Maerad se acurrucó acercándose al suelo, emitiendo gruñidos guturales mientras las sombras que despedía el ramaje en llamas parpadeaban sobre su pelaje. Cadvan no devolvió el golpe; en lugar de ello emitió un juramento y ella se volvió sorprendida. Pasó un momento hasta que comprendió el porqué. No era un Gluma quien los atacaba: ellos no utilizan Fuego Blanco.

*Ha sido un Bardo,* observó.

*O Bardos.*

*No, solo era uno, creo.* Cadvan emitió un pesado suspiro y reforzó su escudo. *Diría que no es especialmente poderoso. Eso explica el encantamiento encubridor. Se necesita ser un Gluma*

*muy poderoso para ocultarse tan a conciencia; para los Bardos resulta más fácil. Pero incluso si este desea matarnos, yo no quiero acabar con ninguno de ellos. Aunque qué está haciendo un Bardo por estos lugares es algo que ni siquiera puedo imaginarme...*

*Seguramente piensen que eres un Gluma, afirmó Maerad. Deberías dejar de vestir de negro.*

En aquel momento otra ráfaga de Fuego Blanco destelló sobre ellos. Había seguido a la última casi de inmediato, pues su conversación había fluido casi con la fugacidad de los pensamientos.

El Fuego Blanco había roto el encantamiento encubridor del Bardo, y Maerad ya era capaz de percibir exactamente dónde estaba el atacante. Se encontraba a pocos metros de ellos, justo en la parte exterior del bosquecillo; sin duda era un hombre, sin duda era Bardo y estaba solo. Pero al mismo tiempo ocurría algo que no era normal: incluso los instintos Bárdicos amortiguados de Maerad eran capaces de determinar que en su magia había algo desviado. *¿Podrá hacernos daño?*, preguntó mientras otro rayo de Fuego Blanco centelleaba sobre sus cabezas.

*No lo creo. Aunque podría estar reservándose algo.*

*Escúdame, pidió Maerad. Quizá pueda superar su poder sin herirlo.*

Él asintió, y mientras colocaba un escudo mágico para protegerla, ella sintió un cosquilleo en la piel. Cadvan levantó la mano y arrojó una ráfaga de Fuego Blanco sobre la cabeza del Bardo para distraerlo mientras ella comenzaba a salir de entre los árboles sin hacer ruido, rodeando al atacante por detrás para poder acecharlo. Poco después estaba detrás de él, preparándose para la embestida: su silueta se dibujó durante un breve instante, recortada en negro sobre otro flogonazo de Fuego Blanco. Maerad sintió que su perplejidad aumentaba cuando

lo vio. Le recordaba a un muchacho arrojándole piedras a un árbol, y su ataque era más o menos igual de eficaz. No tenía ningún sentido.

Tocó mentalmente a Cadvan para advertirle de que estaba a punto de arremeter, se preparó, saltó sobre la espalda del Bardo, lo tiró al suelo y le dio la vuelta. Este cayó sin emitir ni un grito, tan sorprendido que no pudo hacer nada para defenderse. Se quedó tumbado, respirando con dificultad bajo el peso de Maerad mientras esta lo mantenía clavado al suelo.

En unos instantes Cadvan se había unido a Maerad. Congeló al Bardo con un encantamiento, que lo dejó completamente incapacitado para moverse o utilizar la magia. Ella le retiró las garras de los hombros y se sentó a su lado sobre los cuartos traseros. Ahora que no había peligro, la curiosidad la devoraba.

Cadvan esperó hasta que el Bardo dejó de jadear y entonces lo sentó con torpeza y aflojó el encantamiento para que pudiese hablar, tras colocar una pequeña luz mágica ante su rostro para iluminarlo. Parecía un hombre de unos cincuenta años largos, resultaba difícil precisar su edad, estaba extremadamente delgado y su rostro estaba tan cargado de sufrimiento que hacía imposible determinar nada: podría ser mucho más joven. Tenía un tic grotesco, de modo que siempre parecía estar haciendo muecas, y su carne brillaba blanca entre las rajaduras de sus ropas mugrientas. Aunque debía saber que no servía de nada, se resistía violentamente al conjuro congelador.

Maerad lo miró una vez a los ojos y después apartó la cabeza, luchando contra un pánico animal abrumador. *Está loco*, le aseguró a Cadvan.

Cadvan no respondió. Parecía estar preparándose.

—No tiene sentido intentar utilizar la magia contra nosotros

—le dijo al Bardo. Aunque hablaba con dureza, Maerad percibía la lástima que había en su voz—. Y no te lo recomiendo.

El hombre dejó de resistirse y su mirada se encontró con la de Cadvan. Los ojos le brillaron de odio.

—Entonces mátame —declaró escupiendo.

—No quiero matarte —replicó Cadvan—. Es lo último que deseo hacer.

—En ese caso seré yo quien te mate a ti. —El rostro del Bardo se contrajo—. Haz que tu bestia monstruosa me haga pedazos. Te asesinaré si tú no acabas conmigo. Así que hazlo.

—No quiero matarte —repitió Cadvan—. Y tú no puedes matarme. —Se detuvo—. ¿Cómo te llamas?

El Bardo emitió una carcajada y Maerad pegó un respingo. Era un sonido horrible, la expresión de la desesperación, que la dejó helada.

—¿Mi nombre? ¿Me preguntas mi nombre? Yo no tengo nombre. ¿Cómo te llamas tú, engendro de la Oscuridad? Sé que los que son como tú tampoco tienen apelativo, así que ¿por qué me lo preguntas?

—Yo tengo nombre —afirmó Cadvan—. Y tú también. —Un halo de luz de las estrellas comenzó a brotar con suavidad alrededor de su silueta, se inclinó hacia delante y presionó la palma de su mano contra la frente del hombre. Un rato después, suspiró profundamente, apartó la mano; Maerad volvió a mirar al Bardo. Su rostro se fue relajando poco a poco a medida que el dolor y el odio se disolvían de su expresión—. Y ahora —pidió Cadvan con calma—, ¿cómo te llamas?

Se produjo un largo silencio antes de que el Bardo respondiese, como si tuviese que rebuscar entre sus recuerdos hasta encontrar la respuesta correcta.

—Hilarin —dijo—. Hilarin de Pellinor.

—¿Hilarin de Pellinor? —repitió Cadvan. Su rostro empalideció.

¿Lo conoces? preguntó Maerad.

*Había oído hablar de él, le respondió. Hilarin de Pellinor fue una vez un famoso cantante.*

—Amigo mío, ¿qué te ha ocurrido? —Cadvan hablaba con una afligida dulzura y le cogió la mano. Hilarin se la arrebató bruscamente y se la frotó contra la otra como si el contacto lo hubiese manchado—. Se te creía muerto. ¿Dónde has estado?

—No lo sé. He estado... he estado cazando... —las palabras de Hilarin eran confusas, y Maerad vio que las sombras volvían a aparecer en su rostro. Ni siquiera la magia de Cadvan podía mantener su locura bajo control durante mucho tiempo—. Una vez aquí hubo una Escuela, pero la tomaron y la escondieron. Yo sé dónde encontrarla. Está enterrada bajo la tierra. La ocuparon los Oscuros, los Oscuros como tú, os mataré a todos, me dais asco, traidores... —su voz se fue apagando tras una ristra de obscenidades, y después comenzó a llorar desconsoladamente. Maerad miró a Cadvan, desconcertada.

¿A qué se refiere?

Cadvan mostraba un rostro sombrío y triste. *A nada, me temo. Cosas sin sentido. Supongo que el saqueo de Pellinor hizo que se volviese loco. O tal vez fuese otra cosa.*

Maerad se quedó mirando a Hilarin. «Este hombre», pensó, «fue una vez un digno Bardo de Pellinor. Este hombre babeante y deshecho». Se preguntó cómo habría sobrevivido. De repente sintió ganas de vomitar.

¿Qué podemos hacer con él?, preguntó por fin. *No podemos dejarlo así.*

Se percataba de la agonía que provocaba la indecisión en Cadvan. *No, respondió este. Pero tampoco nos lo podemos llevar.*



*Nuestra búsqueda es demasiado urgente como para correr riesgos por causa de un hombre loco. Me pregunto qué le habrá pasado...*

Una vívida imagen apareció en la mente de Maerad: volvió a ver cómo su madre Milana, también una digna Bardo, se había derrumbado ante Enkir, el Primer Bardo de Annar, durante el saqueo de Pellinor. Había sido Enkir, un traidor a la Luz, quien había liderado el asalto a Pellinor cuando ella era una niña. Lo que le había hecho a su madre era uno de sus recuerdos más dolorosos. Se dio cuenta de que sabía lo que le había ocurrido a Hilarin.

*¿Puedes curarlo?* preguntó.

*Curar algo así se escapa a mi Saber,* respondió Cadvan. *No puedo sino ofrecer un ligero alivio, un ligero descanso. Y tal vez instalar un pensamiento en sus sueños que le guíe hacia donde podría encontrar algún respiro. Lirigon sería el lugar más cercano...*

Se sentó junto a Hilarin y comenzó a tejer un encantamiento, murmurando palabras en el Habla en voz baja. El Bardo se sumió de repente en un profundo sueño; pero aquello no fue más que el comienzo de la magia de Cadvan. Maerad lo observó durante un instante, y después, al darse cuenta de que aquello le llevaría un rato, volvió al fuego.

Darsor era un curtido guerrero: conocedor de que la escaramuza había terminado, ya había vuelto a dormirse. Ella no lo despertó. Se tumbó con el morro junto al fuego, sumida en la depresión más profunda que había tenido nunca. No estaba segura de si en algún momento de su vida había visto algo más lastimoso. *Hilarin de Pellinor fue una vez un famoso cantante.* Y ahora...

Cadvan volvió más tarde, con el rostro gris de cansancio, y posó ligeramente la mano sobre la piel de Maerad.

*Deberías dormir,* le aconsejó ella, volviéndose hacia él cuan-

do se sentó a su lado.

*Enseguida, respondió.*

*¿Se curará alguna vez Hilarin?*

*No lo creo, respondió Cadvan. En él se ha roto algo a tal profundidad que creo que nunca podrá repararse. He hecho lo que he podido; dormiré bastante, y lo he escudado para que esté seguro. Cuando estemos lejos de aquí, se despertará y realizará el camino hasta Lirigon, donde hay curanderos que podrán ser capaces de aplacar su sufrimiento, por lo menos.*

*Lo que le ha pasado a él es como lo que le ha pasado a este país, declaró Maerad.*

*Sí, replicó Cadvan. La Oscuridad hace su trabajo a conciencia.*

*¿Qué podemos hacer contra las voluntades que hacen este tipo de cosas?*

Cadvan cogió un palito y removió las brasas del fuego; las chispas revolotearon en la noche. *Hacemos lo que podemos, aseguró.*

*Pero ¿hay alguna esperanza?*

Cadvan no respondió durante un rato. Cuando habló, su voz era dura. *Siempre hay esperanza, declaró.*